

## CAPITULO LX.

### INDIGNAS ACUSACIONES DE LA GUERONNIERE AL GOBIERNO

PONTIFICIO. — AGITACION Y ACONTECIMIENTOS DIPLOMÁTICOS

LA posicion de la Francia era sumamente delicada, la Europa entera fijaba las miradas en Napoleon como preguntándole: «Y bien, ¿no has reivindicado para tu casa la gloria de proteger la causa del Papa?» Napoleon habia de hablar, y en efecto, apareció ya el pensamiento imperial en forma de folleto redactado por La Gueronnière.

Aquel político, que gozaba de íntima privanza con Napoleon, tomó sobre de sí la ímproba tarea de justificar la inaccion del imperio ante los invasores, y de presentar como indispensables y justos hechos los que eran palmarias y muy evitables injusticias; el opúsculo llevaba por título: *La Francia, Roma y la Italia*. El autor aparente de aquel escrito empezaba haciendo grandes protestas de Catolicismo y recordaba los homenajes rendidos por su augusto amo á la causa de la Iglesia al ser elevado á la silla presidencial de la República y al recibir mas tarde el cetro imperial.

Trazó á su modo la historia de los sucesos motivados por la oposicion de los intereses llamados italianos, pero que en el fondo no eran mas que revolucionarios, y vino luego á la cuestion de la inflexibilidad del Papa ante las propuestas de una transaccion.

La Gueronnière se constituye en este punto terrible é insidioso fiscal del Pontífice, bien que por consideraciones que se comprenden carga la responsabilidad á sus consejeros. Pocas páginas hemos leído mas perversamente intencionadas que las que vamos á transcribir por ser, segun hemos dicho, la expresion del pensamiento imperial sobre aquel periodo complicado de la política europea.

Qué triste es ver tanta condescendencia, tantos miramientos, tantas aten-

ciones manifestadas al déspota invasor, y tanta severidad, tantas injurias lanzadas contra la víctima.

La Gueronnière copia la respuesta dada por el cardenal Antonelli á las gestiones practicadas por el duque de Grammont, para obtener una transaccion de parte de la Santa Silla, expresada en los siguientes términos: «La Santa Sede no se adherirá á ningun protocolo que no le garantice la restitution de las Romanías; insiste en diferir hasta entonces la realizacion de las reformas en que ha consentido el Padre Santo; su inalterable resolucion es de que no aceptará jamás una garantía para los Estados que han quedado bajo su dominacion, porque en su concepto equivaldria á reconocer una diferencia entre estos estados y los que le han sido quitados. El Papa rechaza el sistema de una renta inscrita en el gran libro de los Estados; no consentiria mas que en una combinacion que tenga la forma de una sancion de los antiguos derechos canónicos, percibidos sobre los beneficios vacantes; en cuanto al auxilio de tropas que se le quiere proporcionar, el Padre Santo prefiere tener la libertad de reclutar por sí propio su ejército.»

La lectura del anterior despacho revela prudencia, tacto, elevacion, dignidad en el Gobierno pontificio; sin embargo, esta firmeza propia de un poder cuya independecia se amenazaba, fue clasificada por el órgano del Emperador de *resistencia excitada y enardecida*, y en la hermosa actitud revelada por las palabras comedidas del cardenal Antonelli apoyó La Gueronnière las siguientes consideraciones que forman el capítulo XI de su opúsculo *Francia, Roma é Italia*.

«Así es que la corte de Roma se habia negado á todo; habia rechazado el vicariato sobre las Romanías como un ataque á su soberanía que no existia ya en dicha provincia; habia declinado la garantía colectiva de las potencias católicas para la integridad del territorio que le quedaba despues de la guerra; habia rechazado casi como una humillacion la oferta de un piadoso tributo prestado por todos los príncipes que reconocen la soberanía espiritual del Padre Santo; habia rechazado la proposicion de proporcionarle una guardia todas las naciones fieles á la Santa Sede. ¿Cuál seria, pues, la actitud de la corte de Roma? ¿seria inmóvil espectadora de los acontecimientos que se precipitaban en Italia? ¿esperaria en el recogimiento y en la esperanza de la fe la hora de las reparaciones? Hubiérase podido comprenderlo. — En la resignacion hay una especie de austera virtud que ennoblece la desgracia é impone respeto. — Pero la resignacion no entraba en el corazon de los consejeros de Pio IX. — Á la sazón en que protestaba contra la idea de una dotacion regular ofrecida por los Soberanos católicos, el Gobierno pontificio solicitaba las ofrendas individuales y organizaba en todas partes la percepcion del *Dinero de san Pedro*. — Á la sazón en que se rehusaban los soldados que se ponian á su disposicion por la adhesion de los príncipes, alistaba partidarios. — El Emperador habia recomendado constantemente la formacion de un ejército nacional, como testimonio del orden restablecido y como garantía de la seguridad futura; el Gobierno romano, que habia permanecido sordo á este consejo, iba á tantear la formacion de un ejército sin nacionalidad ni unidad. Esta tentativa se hacia con una ostentacion que queria recordar las grandes manifestaciones religiosas de otra época, y para que nada faltase al aparato escénico, se ponía al frente de esta cruzada un general que no habia militado á la sombra de las águilas francesas en nuestras luchas heroicas de Italia y de Crimea. Digá-

moslo francamente; cuando un prelado romano conocido por su hostilidad personal á la política francesa iba al centro del Anjou para apelar al valor y á la adhesión de Mr. de Lamoricière, elegía menos al héroe de Constantina que al hombre político separado del Gobierno de su país. El Emperador, preocupado con los mas elevados pensamientos, no se opuso á esta elección, aunque mas de una palabra indiscreta hubiese hecho traición á las esperanzas que se fundaban en nombre del general en jefe del ejército pontificio.

«Una poderosa camarilla en el Vaticano, escribía en dicha época el duque de Grammont, tendía á imprimir á esta medida el carácter de un reto dirigido á la Francia. Por toda respuesta á esta advertencia, el Emperador, á ruegos del Padre Santo, se apresuró á dar permiso al general Lamoricière para entrar al servicio de un soberano extranjero.»

«El partido que disimulaba bajo las apariencias de celo religioso su hostilidad contra el imperio, aplaudió extrepitosamente. Se intentó organizar manifestaciones; se hizo el llamamiento de una nueva Vendée, y en los primeros días se confundió en un mismo anatema á los hijos de la revolución y á los sectarios del Corán. El duque de Grammont en uno de sus despachos trazó el cuadro instructivo de los manejos que trataron entonces de envolver al Vaticano.»

«Apenas el general de Lamoricière, escribía Mr. de Grammont en 10 de abril de 1860, hubo entrado al servicio del Papa, se vieron llegar á Roma numerosas diputaciones francesas que se presentaron en corporación y con pompa delante de Su Santidad, afectando todos los caracteres de la oposición dinástica mas pronunciada y usando hasta junto al trono pontificio un lenguaje cuya violencia denota una exaltación extrema.»—Y Mr. de Grammont añade «que estas manifestaciones eran alentadas por algunos *camarieri* «influyentes...» Un día, según dice el propio diplomático, reinaba en el Vaticano un aire de misterio... Á los que iban á visitar el palacio se les detenía, preguntándoles: ¿Sois bretones? y se les explicaba que por un momento las salas estaban cerradas para que el Santo Padre recibiese el homenaje de la Bretaña que en comisión iba á protestar contra el Emperador.

«Luego toca el turno á los lyoneses; y uno de ellos, que aunque católico fervoroso no había tenido por conveniente repudiar el sentimiento de su nacionalidad, fue vivamente interpelado en los siguientes términos: «Caballero, todos somos súbditos del Papa antes de serlo de nuestro respectivo Soberano. ¿Si no participáis de estas ideas, ¿qué venís á hacer aquí?»

«Todo esto está escrito en despachos oficiales y atestiguado por un embajador cuyo nombre y carácter dan todavía mas autenticidad á esos documentos. Y cuando se piensa que esas escenas ridículas se realizaban en cierto modo bajo la protección del ejército francés, bien puede juzgarse cuál ha sido la moderación del Emperador. Esta parodia de Coblenz, esas imitaciones pueriles del tiempo de Gregorio VII, esa distinción extraña entre los bretones y los franceses, esos homenajes prestados al Papa, no como jefe de la Iglesia, sino como soberano, no merecían que el Emperador se desprendiese de esa calma que toma de su fuerza y de su derecho; pero si no veía en ello un peligro, encontraba á lo menos el testimonio irrecusable de los sentimientos que conservaban en Roma contra la Francia y el Soberano que ella se ha dado.»

De cuyo contenido resulta que el Papa debe agradecer todavía al Emperador que no le declarara la guerra, proclamándose por ejemplo *Rey de Roma*.

La nota de ingratitud trazada por el opusculista contra el Papa sublevó á la prensa imparcial, la que estuvo unánime en condenar las maliciosas consideraciones por las Tullerías inspiradas; el *Bien público* de Gante compendió en pocas palabras todo cuanto en artículos inmemorables escribió la prensa europea: «Ya sabéis, decía, qué parte tan activa y tan apasionada tomó el príncipe Luis Bonaparte, hoy Napoleón III, en la sublevación de las Romanías contra Gregorio XVI en 1831 y 1832; conocido es el ardor que en ella desplegó, y nadie ignora que habiendo *obligado* á su hermano mayor, que se resistía, á entrar con él en las filas de los rebeldes romañoles, sucumbió aquel joven en Forlì á las fatigas de la campaña, dejando al actual Emperador sus pretendidos derechos del senadoconsulto de 1804, á los que el porvenir preparaba tan maravilloso destino. Después de la derrota de los insurgentes, Luis Napoleón que, fugitivo en los Estados romanos, no podía penetrar ni en Toscana, ni en Nápoles, fue á buscar un refugio en el palacio de un santo Prelado, á quien declaró su nombre y pidió asilo.»

«El arzobispo de Espoleto, que era á quien Luis Napoleón se había dirigido, acogió con caridad evangélica al joven proscrito que parecía muy arrepentido, y, después de haberle concedido durante varios días la hospitalidad mas inviolable bajo su mismo techo, fué á Roma á suplicar al Papa le diese un pasaporte para el culpable que había recogido. El Papa negó la pretensión; pero después de una lucha de súplicas por parte del prelado, y de previsora y juiciosa resistencia por parte del Pontífice, triunfaron las lágrimas del primero de la severidad del Soberano. Consiguio el pasaporte. Este arzobispo de Espoleto, después obispo de Imola, se llamaba entonces Mastai; hoy se llama Pio IX.»

De lo que se deduce, que si algun político no tenía el derecho de insinuar siquiera una sospecha de ingratitud respecto á Pio IX, era Napoleón.

Empero, estos terribles antecedentes del Emperador, su carácter de antiguo insurgente de las Romanías, son un tremendo dato que legitima la sospecha de su complicidad en la invasión revolucionaria.

Aquellos misterios de iniquidad negra tienen una clave explicativa en la historia del que á un tiempo mismo pretendía conservar el título de aliado del invasor y protector de la víctima.

¡Inicuas nebulosidades de la política maquiavélica!

Sabido es que el principal motor de las desgracias temporales del Pontificado en este último período era Mr. de Cavour; dotado de una sagacidad y prudencia política eminentes, sabía dirigirse al fin que se proponía conservando las apariencias de respeto al derecho, y hasta manifestándose hipócritamente movido por su deseo de encauzar al torrente revolucionario. Desde que en el Congreso de París tomó á pecho, con decisión digna de mejor causa, la defensa de la revolución, Cavour desempeñó el primer papel, fue el verdadero protagonista en la representación del drama italiano. No puede negarse que obtuvo poderosa influencia sobre la corte y sobre el pueblo de Italia, y que llegó á ocupar uno de los primeros lugares en la diplomacia europea.

Él fue el director de las invasiones pontificias, y así podemos decir, que la sangre de las víctimas de las Grotas, Castelfidardo y Ancona, cayó sobre su conciencia.

Poco tiempo disfrutó Cavour de su triunfo material, ó mejor, de los resultados de su cínico despotismo.

Dios le llamó ante su tribunal inexorable el día 6 de junio siguiente á la

invasión de las Marcas y de la Umbría, recibiendo en los últimos momentos la absolución, por manos del párroco de Nuestra Señora de los Ángeles, el santo Viático y la Extremaunción. Refiérese que al sentirse malo, dijo á su hermano: «Yo quiero arreglar mi conciencia mientras conservo la razón.»

La prensa toda entabló, sobre la tumba apenas cerrada de Cavour, una animada discusión sobre su verdadera talla política; no creemos que los grandes hechos realizados por el primer ministro de Italia puedan efectuarse por una medianía; Cavour, políticamente dominó á Napoleón III, supo arrastrarlo en pos de sí y convertirlo en una especie de satélite. De lo que estuvo falto por completo el diplomático piomontés fue del sentimiento de dignidad.

Pocos meses antes de morir Cavour, el conde de Montalembert le escribió una carta, que vió la luz pública, que será un estigma indeleble marcado en la frente del que, no reconociendo valla ni cauce en la consecución de sus fines, se arrogaba el derecho de asimilarse opiniones y doctrinas que, emitidas por los defensores de la Iglesia, recibían en la boca del astuto usurpador la mas indigna adulteración.

No es ageno á la historia de aquel período de la historia romana la carta de Montalembert; ella es la mas contundente é irrefutable contestación á las argucias conciliadoras de la corte de Turin.

Léase y júzguese:

«Señor Conde: Leo en la reseña de la sesión del Parlamento de Turin de 12 de octubre, las siguientes palabras vuestras:

«Creo que la solución de la cuestión romana debe ser resultado de la convicción que se generalizará cada vez mas en la sociedad moderna, y aun en la gran sociedad católica, de que la libertad es en extremo favorable al desarrollo del verdadero sentimiento religioso.»

«Mi opinión es que esta verdad triunfará muy pronto. Ya la hemos visto reconocida por los defensores mas apasionados de las ideas católicas; ya hemos visto á un ilustre escritor demostrar, en un momento *lucido*, en un libro que ha llamado mucho la atención, que la libertad habia contribuido mucho á levantar el espíritu religioso.»

«Se me figura que es á mí á quien habeis querido aludir. Si vuestras palabras no son mas que un elogio, no seré yo quien me las aplique. Pero contienen una injuria que debo tomar en cuenta.»

«Me interpelais ante el público, y me dais por ende el derecho de contestaros ante el público tambien.»

«Cuéstame gran repugnancia hacerlo. La sangre francesa ha sido vertida por culpa vuestra; el honor católico ha sido insultado por vuestros servidores; el hogar secular, el último abrigo del Padre comun de los fieles, es objeto de vuestras amenazas. No hay, en fin, un solo acto vuestro que no me indigne. Y hé aquí que ahora dais un nuevo ataque á todo lo que yo amo, envolviendo vuestros perversos designios en la apariencia de una fingida armonía entre la Religión y la libertad, y en apoyo de vuestras ideas invocais mi testimonio.»

«Debo, pues, protestar, que bajo ningun concepto estoy de acuerdo con vos.»

«Gracias á Dios, vuestra política no es la mia.»

«Estais por los grandes Estados centralizados, y yo estoy por los grandes Estados independientes.»

«Despreciáis las tradiciones locales en Italia, y yo las quiero.»

«Estais por la Italia unitaria, yo estoy por la Italia confederada.»

«Violais los tratados y el derecho de gentes; yo los respeto, porque son entre los Estados lo que son entre los hombres los contratos y la probidad.»

«Sacrificais á vuestro objeto los compromisos, las promesas, los juramentos. Yo os contesto con el general Massin: «Los medios que el sentido moral reprueba, aunque materialmente sean útiles, matan moralmente. Ninguna victoria merece ponerse en parangón con el desprecio de sí mismo.» (1).»

«Destruís el poder temporal del Pontífice, yo lo defiengo con toda la energía de mi razón y mi amor.»

«Reprobais la política que hizo la expedición de Roma en 1849, y yo me glorio de haberla sostenido. Á pesar de los crueles y forzosos mentís que he recibido despues, yo la aplaudo, porque es la última y vacilante consecuencia de esa expedición que hoy mismo obliga á Francia y al Piamonte á encontrarse frente á frente delante del Capitolio.»

«Prodigais á los héroes de Garibaldi los elogios que yo reservo á los *mercenarios* del inmortal *Pimodan*.»

«Estais con Cialdini, yo estoy con Lamoricière; estais con el P. Gavazzi, yo estoy con los obispos de Orleans, de Poitiers, de Tours, de Nantes, con todas esas almas católicas que, en ambos mundos, han protestado y protestarán contra vos.»

«Estoy, sobre todo, con Pro IX, que fue el primer amigo de la independencia italiana hasta el día en que esta gran causa pasó á manos de la ingratitud, de la violencia y la impostura.»

«De nuestra parte, puedo decirlo, está la conciencia, y creo que de la vuestra el éxito. El Piamonte se atreve á todo, Francia lo permite todo, Italia lo acepta todo, y Europa lo tolera todo. Vuestro éxito, repito, es cierto.»

«Dos obstáculos encontrareis, sin embargo, Roma y Venecia; en Roma, Francia; y en Venecia, Alemania. Son extranjeros, es verdad, pero son fuertes. En Nápoles, los italianos no os han detenido; en Castelfidardo eran diez contra uno. Teniais que vencer derechos, tratados, compromisos, el honor, la justicia, la debilidad; pero estas son cosas abstractas y que no resisten á la metralla. En Roma hay batallones franceses, en Venecia y en Verona cañones rayados. Ante el derecho no habeis vacilado, pero vacilais ante la fuerza.»

«Esta fuerza, yo lo conozco, no apoya causas iguales. En Venecia sosteneis una causa justa. Venecia fue odiosamente vendida por nosotros en 1797, tristemente entregada por nosotros en 1849, injustamente abandonada por vosotros y nosotros en 1859. Su libertad es justa.»

«En Roma sosteneis una causa injusta á todas luces y aun bajo el punto de vista italiano. Nosotros, franceses, nosotros, católicos del mundo entero, hacemos un gran sacrificio á la independencia del poder pontificio, aceptando que, colocado en Italia, sea habitualmente servido por manos italianas. Pero ¿qué será vuestra patria sin el Papado? ¿que figura harán vuestras pequeñas majestades piomontesas en el centro del Catolicismo, convertido en oficinas de vuestros ministerios? ¿Imagináis que la humanidad continúe su peregrinación al pié del trono de vuestros soberanos? Teneis la gloria incomparable de poseer la capital de doscientos millones de almas, y toda vuestra ambición es reducirla á ser el último lugar de los reinos de la tierra...»

«Pretendeis conquistar á Venecia persuadiendo á Austria y á Europa. Lo

(1) *Documentos*, etc., tom. II, pág. 420.

veremos. Yo os deseo sinceramente el éxito. Así es, por la persuasión, como el Piamonte hubiera debido desde 1847 asegurar el triunfo y el honor de su política. Y por esto precisamente, de todos los culpables entre quienes se dividirá la responsabilidad del mal que se hace en Italia, vos seréis quizá el más responsable; porque podíais haber terminado perfectamente una obra admirable con las simpatías de todas las personas honradas del mundo. Ni el patriotismo, ni la elocuencia, ni la audacia, ni la perseverancia, ni la habilidad os han faltado; no os ha faltado más que una cosa, la conciencia y el respeto á la de los demás.

«Pretendeis ahora resolver la cuestión romana probando al mundo los beneficios de la alianza entre la libertad y la Religión. ¿Qué quereis decir?»

«Yo sirvo esta notable alianza hace treinta años; creo su triunfo indispensable á la salvación de la sociedad, y por esto precisamente os combato, porque ninguna política ha hecho jamás tan difícil este triunfo como la vuestra. Vuestras palabras, que acepto, son absolutamente desmentidas por vuestros actos que repruebo.

«Yo soy más fiel que nunca á la convicción que habeis señalado en mis escritos. Todas las libertades civiles y políticas que constituyen el régimen normal de una sociedad civilizada, lejos de perjudicar á la Iglesia, ayudan su progreso y su gloria. Halla en ellas rivalidades, pero también derechos; luchas, pero también armas, y las que le convienen por excelencia, la palabra, la asociación y la caridad. Pero la libertad no conviene á la Iglesia más que con una indispensable condición, la de que ella misma goce de libertad. Hablo aquí en mi nombre, sin misión especial, sin autoridad, apoyado solamente en una experiencia ya larga y singularmente ilustrada por el Estado de Francia desde diez años á esta parte. «La Iglesia libre en el seno de un Estado: hé aquí mi ideal.»

«Añado que, en la sociedad moderna, la Iglesia no puede ser más que allí donde todo el mundo lo es. Á mis ojos, es un gran bien y un gran progreso. En todos los casos es un hecho.

«Y no se diga que la Iglesia no acepta todas las libertades que los Estados se dan. En todos los países las acepta, y lo que es más, las aprovecha; en Inglaterra como en los Estados-Unidos, en Francia como en Holanda, en todas partes, en fin, donde no se le ponen trabas especialmente inventadas para ella.

«La armonía sería completa si á su vez los Estados aceptasen todas las libertades que la Iglesia necesita en lugar de escatimárselas por añejas leyes como en Francia, de confiscárselas por belicosas vejaciones como en Rusia, ó de pisotearlas con brutales iniquidades como en Italia.

«Luego la independencia de la Iglesia se funda ante todo, en la libertad absoluta de su Jefe, doctor y guardador de la fe, y esta libertad tiene, hace diez siglos, por escudo una soberanía temporal, constituida aparte de todos los Estados. Se funda además en el interior de cada Estado, en la libertad de asociación, la libertad de enseñanza, la libertad de la caridad, derechos que ningún hombre sensato pretende reservar á la Iglesia sola, pero que no son derechos si están coartados por obstáculos preventivos en lugar de ser simplemente sometidos á la represión en los casos determinados por las leyes, y juzgados por tribunales independientes y con publicidad.

«Hé aquí las garantías y las condiciones de la libertad de la Iglesia. Luego vos las violais todas á la vez: la primera, suprimiendo el poder temporal del

Papa; la segunda, dispersando las comunidades; la tercera, pretendiendo ejercer autoridad sobre los obispos; la cuarta, confiscando su patrimonio.

«¿Cómo quereis que la Religión esté de acuerdo con una libertad que empieza por suprimir la suya?»

«¿Estais dispuestos á dar al Papa su soberanía temporal, una soberanía que le asegure poder bastante y bastantes recursos para que, libre de toda presión y toda obligación no tenga que volver los ojos más que á Dios?»

«¿Estais dispuesto á aceptar la completa libertad de la Iglesia en vuestros Estados engrandecidos?»

«¿Estais dispuesto en los seis meses que quereis concedernos, á pedir á los soberanos de Europa que garanticen esa libertad en sus Estados, en Francia, en Rusia, en Prusia, en Austria y en Inglaterra?»

«Entonces podréis hablar de acuerdo con la Religión y la libertad.

«Pero en lugar de esto, desde hace diez años, habeis violado, sin otro pretexto que el derecho del más fuerte, todos los tratados, todos los compromisos solemnemente contraídos entre el Piamonte y la Santa Sede. Además, habeis denunciado al Soberano Pontífice en el Congreso de París: habeis calumniado sus intenciones, habeis desfigurado sus actos, habeis desterrado sus obispos, os habeis burlado de sus sentencias, habeis violado sus fronteras, habeis invadido sus Estados, habeis encarcelado sus defensores, habeis insultado, destrozado y bombardeado sus soldados, habeis dado á Garibaldi cita para dentro de seis meses en la tumba de los Apóstoles. Despues habeis dicho á los católicos: «Yo soy la libertad, y os tiendo la mano.»

«No, no sois la libertad; sois la violencia. No nos obligueis á decir que sois la mentira. Nosotros somos vuestras víctimas, sí, pero no nos engaños. Podeis anexionar al Piamonte reinos é imperios, pero os desafío á que aplauda vuestros actos ninguna conciencia honrada. La armonía feliz y necesaria de la Religión y la libertad tendrá su hora, pero si esta tarda mucho tiempo, será vuestra culpa y vuestra eterna deshonra. — *Ch. de Montalembert.*

«La Roche en Breni, 22 de octubre de 1860.»

No es posible definir con más exactitud, ni trazar con más vivo colorido el carácter y la fisonomía de la política cavouriana.

La noticia del fallecimiento de la primera figura revolucionaria causó viva impresión en Roma; al llegar á conocimiento del Papa, exclamó: «Haya abrazado Dios el alma de aquel pobre iluso.» Al saberse que habia recibido los santos Sacramentos, Pio IX siempre noble y generoso, ofreció en su sufragio el sacrificio de la misa, y por orden de Su Santidad se celebraron desde la aurora al mediodía dos misas continuas y simultáneas en dos altares enlutados al efecto en la basilica de San Pedro.

Así corresponde el Vicario de JESUCRISTO á las ingratitudes de sus hijos.

La muerte de Cavour, que como es natural produjo gran sensación en Italia y en el resto de la Europa, fue explotada por los revolucionarios. Sus lamentaciones fueron tan vivas, el llanto causado por el vacío que les dejaba la desaparición del caudillo y guía de la obra italiana, llegó á enternecer las entrañas varoniles de Napoleon III, quien se manifestó dispuesto á reconocer el reino de Italia, con unas salvedades tan insignificantes, que bien se veía la inclinación de la política imperial.

En efecto, Napoleon reconoció el reino establecido, no solo sobre las rui-